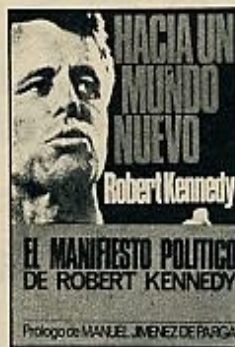


EN PUNTO

LAS CLAVES DEL ASESINATO



¿Quién lo mató? Serán muy pocos los que se atrevan a afrontar las últimas consecuencias de una respuesta formulada con rigor. «¿Quién mató a Kennedy?», se preguntaba nuestro colaborador, el popular publicista norteamericano Thomas Buchanan, desde la portada de su libro sobre el magnicidio de Dallas. Aunque fue Buchanan, sin duda, el que llegó más lejos, el que denunció con más coraje la verdad, sin rehuir sus causas últimas, tampoco pudo ofrecer una respuesta tan concreta como el mundo entero exigía. El caso se repite ahora con la muerte trágica de Robert, porque los asesinos son los mismos. No es solamente la falta de valor para profundizar en los hechos lo que obstaculiza el camino hacia el descubrimiento de la verdad: es que los auténticos asesinos no tienen rostro. ¿Cómo nombrarlos entonces?

Quizá este libro —«Hacia un mundo nuevo», Editorial Aymá—, que se presenta como el «manifiesto político de Robert Kennedy», pueda darnos alguna clave, pueda explicarnos, indirecta pero racionalmente, lo que los cómodos de mala conciencia atribuyen a «un destino trágico» o a «la violencia que reina en la sociedad», o a una especie de locura colectiva. A través de esta exposición de la problemática norteamericana, esbozo

de análisis crítico y de programa electoral, se adivina el difuminado perfil de los enemigos del senador, que son los mismos que asesinaron antes a su hermano John y al pastor Lutero King: contra ellos alza R. K. una bandera. La alza, es cierto, tímidamente; no hay demasiada ambición en su formulario de soluciones, no hay asomo de revolucionarismo en sus tesis. Kennedy era, como su hermano, un reformista rebelado contra el inmovilismo estatuido por la guerra fría a finales de los años cuarenta, pero nada dispuesto a poner en tela de juicio los pilares en que se fundamenta la sociedad yanqui, la estructura básica del «establishment». Pero ni esta mínima voluntad de cambio formal, de reorientación nacional sobre las mismas bases, era tolerable. «... No nos interesa —escribió Bob Kennedy— la supervivencia de una clase privilegiada que se enriquece todavía más con la corrupción surgida con la guerra (...). He hablado con la juventud de nuestra nación y he escuchado sus palabras de cólera contra una guerra a la que se la engaña y contra el mundo que va a heredar. Tanto en conversaciones particulares como en público he tratado en vano de modificar nuestros derroteros en el Vietnam para evitar que sigan socavando nuestro espíritu y nuestra riqueza en hombres, para evitar que sigan creciendo los riesgos de una guerra más amplia, para evitar que sigan destruyendo el país y el pueblo que íbamos a salvar».

No, no era demasiado ambicioso su programa —este libro lo prueba—: no eran tan radicales sus propósitos. Quería hacer la paz en el Vietnam... y poco más. Ni siquiera eso le quisieron permitir los señores de la guerra y de una industria que acumula cuantiosos beneficios a costa del derroche bélico. Sus instrumentos, las organizaciones de la violencia conservadora, repitieron los hechos de Dallas simplemente porque parecían peligrar los privilegios de las minorías rectoras. ■ E. G. R.

EL EVANGELIO DE LOS POBRES

La Compañía de Jesús prosigue su "aggiornamento"

«Es indudable que en el movimiento de renovación de los religiosos repartidos por todo el mundo están siendo los jesuitas quienes con más coraje, con más franqueza y con más preparación están abordando el problema de la dimensión social», escribía hace unos días, desde Roma, el padre Arias, dando cuenta a sus lectores de la reciente Carta de los provinciales jesuitas en América Latina. El documento hecho público por la Curia Generalicia constituye, en cierto modo, la respuesta de los provinciales latinoamericanos a la Carta que les dirigió el general de la Compañía, y que en su día despertó un fuerte eco, por el realismo y la valentía con que el padre Arrupe se enfrentaba a los problemas que afectan a aquel continente. La Carta de los provinciales de América Latina viene a confirmar el audaz «aggiornamento» emprendido por la Compañía de Jesús a raíz del Concilio Vaticano II, renovación en profundidad que no cabe separar de las posiciones «en punta» sostenidas años antes del Concilio por miembros de la Compañía tan caracterizados como Theillard de Chardin, Calvez, Rahner... Para que nuestros lectores juzguen por ellos mismos sobre la importancia de la Carta de los provinciales hispanoamericanos, publicamos una breve antología del documento publicado en Roma: 1) «La mayor parte de los habitantes del continente se hallan en una situación de miseria, cuya injusticia, con frase de Pablo VI, exige en forma tajante el castigo de Dios». «Las poblaciones indígenas se encuentran en una discriminación racial de hecho». 2) «La época que vivimos en América Latina es un momento de la historia de la salvación. Por eso nos proponemos dar a este problema una prio-

ridad absoluta en nuestra tarea apostólica. Más aún, queremos concebir la totalidad de nuestro apostolado en función de este problema. Esperamos así participar, en la medida de nuestras fuerzas, en la búsqueda común de todos los pueblos, cualesquiera que fueren su ideología o su régimen, hacia una sociedad más justa, más libre y más pacífica». 3) «Somos conscientes de la profunda renovación que esto supone. Es necesaria cierta ruptura con algunas actitudes de nuestro pasado para vincularnos con nuestra tradición humanista». 4) «En toda nuestra acción, nuestra meta debe ser la liberación del hombre de cualquier forma de servidumbre que le oprima. Descamos que todos nuestros esfuerzos confluyan hacia la construcción de una sociedad en la que el pueblo sea integrado con todos sus derechos de igualdad y libertad, no solamente políticos, sino también económicos, culturales y religiosos». 5) «Debemos emprender el esfuerzo de despojarnos con abnegación de toda actitud aristocrática o burguesa que pueda haber existido en nuestras tomas de posición, en nuestras condiciones de vida, en la selección de nuestro público, en la manera de tratar con nuestros colaboradores laicos y en nuestras relaciones con las clases privilegiadas». 6) «Nuestro apostolado, inspirado en este espíritu, realmente universal y evangélico, suscitará reacciones inevitables. No las provocaremos nosotros con actitudes partidistas, pero continuaremos en la predicación del Evangelio de los pobres, cualesquiera que fueran estas reacciones». 7) «Nos comprometemos con todas nuestras fuerzas a promover las transformaciones audaces que renuevan radicalmente las estructuras, como único medio para promover la paz social».

AMERICA LATINA

nuevas maniobras de integración

América Latina ha visto fracasar durante estos años los intentos más profundos para llevar adelante la inte-

gración económica. Desde hace unos años esta idea goza de la simpatía de los Estados Unidos. Ahora bien, los enfrentamientos de las distintas clases dirigentes nacionales que tratan de defender sus posiciones en los respectivos países han impedido todo avance en la integración económica que, de realizarse, posibilitaría un crecimiento cuantitativo sin necesidad de acudir a radicales cambios de estructura.

Las diferencias en los niveles de desarrollo y de potencial económico entre los distintos miembros de la ALALC, la defensa de los «legítimos derechos» de cada país, que se traduce en el sistema de negociaciones «producto por producto», son causas que imponen dificultades prácticamente insalvables a la integración latinoamericana.

Para tratar de paliar estos problemas se impuso, a raíz de la famosa Reunión de Bogotá, en la que estuvieron presentes Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela, la política de bloques dentro de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. De aquella Reunión, que culminó en la firma del Acta de Bogotá, el 16 de agosto de 1966, surgió el «Grupo Andino», integrado por los países referidos.

Como réplica, los países de la ALALC marginados —Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay— propiciaron la formación de otro bloque, el de la «Cuenca del Plata». Han sido precisamente estos países los que días pa-

● Novotny «es responsable no sólo de las ilegalidades cometidas en los grandes procesos de 1952 y 1953, sino también de las del 56 y 63», ha declarado recientemente Dubcek.

● Según la revista «Kommunist», órgano del comité central soviético, el grupo de Mao quiere prolongar la guerra del Vietnam para provocar un conflicto nuclear entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, tras el cual Pekín imponería su hegemonía mundial.

● De todos los partidos políticos alemanes, el único que no ha condenado el asesinato de Robert Kennedy ha sido el neonazi N. P. D. Por su parte, Rudi Dutschke, el líder estudiantil, comentó en el hospital: «Disparar no es un argumento político».

● Varias personas han «desaparecido» en París durante las manifestaciones del 3 al 25 de mayo, ha revelado la «Comisión testimonio y asistencia jurídica», encargada de investigar el comportamiento de la policía en ese período.

● La crisis social francesa ha costado al país en el mes de mayo 307 millones de dólares, con lo que las reservas en oro y divisas del país vecino se elevan actualmente a 5.720,5 millones de dólares.

● «Nuestro programa se resume así: Queremos crear una república democrática y humanitaria», ha declarado el presidente de la Asamblea Nacional checoslovaca, señor Smrkovsky, que acaba de realizar un viaje a Moscú.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

sados (20 de mayo) suscribieron el «Acta de Santa Cruz» con el fin de institucionalizar definitivamente al nuevo subgrupo. Sin embargo, hay que señalar que estos nuevos intentos tienen pocas posibilidades de concretarse. En efecto, ya se observa la existencia de desavenencias dentro de ambos bloques, formados más en base

a identidades políticas (reformismo democrático en el bloque Andino y gobiernos fuertes y conservadores en los países de la Cuenca del Plata) que a auténticas posibilidades económicas. En estas condiciones, las contradicciones se acentúan y los progresos hacia la integración son, como era de esperar, simplemente verbales.

LA EVOLUCION, SEGUN SCHAFFNER

Los simios pueden salvarnos

«A la velocidad que vamos no podemos llegar más que a una autodestrucción pura y simple. En el "Bulletin of Atomic Scientists", una publicación muy seria, los científicos han calculado que las oportunidades de supervivencia total de la tierra son actualmente de doscientas contra una. Pero en veinte años, esas oportunidades no serán más que de diez contra una. Pienso que nadie, y menos aún un escritor, puede ignorar esto. Personalmente, no afirmo que la catástrofe va a producirse, sino que podría llegar. Todo escritor debe revelar la verdad, tal como la concibe». Estas palabras de Rod Serling, uno de los dos guionistas de «El planeta de los simios», sitúan con bastante precisión el clima moral, filosófico y crítico en que se desenvuelve la acción de la película. Por supuesto que «El planeta de los simios» es una obra de ciencia-ficción, pero tal encasillamiento no puede servir de coartada —como algún crí-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación». Asistimos a un espectáculo alucinante, en el que todo está traspuesto. Los simios se han constituido socialmente de una forma muy similar a la de la raza humana en la tierra. También existe quien utiliza el poder para frenar el desarrollo del progreso. Superando la monstruosa contradicción, Taylor advierte que es difícil luchar contra un sistema que, según su experiencia «terrestre», está dispuesto a hacerle enmudecer. Sin embargo, hacia el final de la película comprendemos que los simios responsables quizá están tratando de evitar lo que una hipotética civilización humana ha destruido conscientemente... Y el plano final, uno



El tribunal de simios juzga al hombre.

tico ha pretendido— para estimar que se trata de un film intrascendente y de «evasión»: pocas películas ha producido el cine americano más «comprometidas» que «El planeta de los simios». Participa de la ciencia-ficción —del noble, honesto y desconocido género— en la misma medida que el excelente film de Kubrick, «Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú»: es decir, en la medida que es una aguda reflexión sobre el terror nuclear a partir de una historia aparentemente «imposible».

Pero conformarse con decir que «El planeta de los simios» es una parábola contra la amenaza atómica es minimizar su vasto contenido. El film de Franklin J. Schaffner —un nombre a tener muy en cuenta— es inquietantemente ambiguo y desesperanzador. Durante todo el curso de la narración asistimos a los esfuerzos de Taylor —Charlton Heston—, un hombre, un astronauta perdido en un extraño y desconocido planeta habitado por simios, para afirmar su dignidad huma-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación». Asistimos a un espectáculo alucinante, en el que todo está traspuesto. Los simios se han constituido socialmente de una forma muy similar a la de la raza humana en la tierra. También existe quien utiliza el poder para frenar el desarrollo del progreso. Superando la monstruosa contradicción, Taylor advierte que es difícil luchar contra un sistema que, según su experiencia «terrestre», está dispuesto a hacerle enmudecer. Sin embargo, hacia el final de la película comprendemos que los simios responsables quizá están tratando de evitar lo que una hipotética civilización humana ha destruido conscientemente... Y el plano final, uno

de los momentos más bellos, más terriblemente emocionantes de toda la historia del cine, nos obliga a reflexionar sobre el alcance de esta parábola audaz e inteligente. Existen antecedentes literarios ilustres en la temática de este film. Desde «Antes de Adán», de Jack London, hasta «Guerra con las salamandras», de Karel Capek, hay toda una serie de libros que se interrogan sobre la existencia de civilizaciones paralelas a la humana, civilizaciones «mejores», que no han fundado su vigencia a partir de la guerra y la violencia. Quizá el libro más lúcido y original, dentro de esta tendencia, sea «Ciudad», la extraordinaria novela de Clifford D. Simak, en la que se ha inspirado directamente Pierre Boulle, el autor de la novela que ha originado «El planeta de los simios». Simak sostiene la tesis de que la civilización humana se ha desarrollado a impulsos de conceptos de guerra y destrucción («¿Han olvidado —escribe— aquellos años entre 1950 y 1970? ¿Han



—¿Qué quieres que te diga, John! Pues por abajo todo sigue igual... ¡Como siempre!...